

Hacia el mediodía, al barrio fabril de Patricios comenzó a volcarse en la calle, miles de jóvenes peronistas marcharon hacia el parque desde distintos focos que tenían como epicentro la Unión Obrera Metalúrgica, en Rioja 1945; repelidos por los jinetes, los gases y los chorros de agua policiales. Iniciaron la resistencia desde barricadas improvisadas en distintos puntos. Cuando los uniformados lograron desplazarlos, buscaban albergue en las casas de los también enardecidos vecinos; pasado el peligro, iniciaban el ataque desde otra esquina. En la barricada de Brasil y Loca, a las 19, un líder juvenil computó tres heridos para su bando. Los disturbios se extendieron hasta el Congreso, donde los rebeldes jaquearon a la policía, con sus típicos movimientos de vaivén.

Los disturbios del domingo 17 sirvieron para bautizar a la nueva Junta Coordinadora Peronista. Demostraron que aún poseían la correa de transmisión hacia las bases.

Perón había logrado sus objetivos: su imagen seguía proyectándose sobre la política nacional con trazos cada vez más firmes que los anteriores a la llegada de su esposa.

## OTRO MILITAR QUE SE VA

Por segunda vez, el presidente Illia perdía un secretario militar. El general Ignacio Avalos sucedió al comodoro Martín Cairó que tuvo que alejarse porque fracasó en su intento de destituir al comandante en jefe de la Aeronáutica, brigadier Conrado Armanini. El gobierno no pudo tolerar esa maniobra: dos meses atrás había logrado desprenderse del comandante naval, contraalmirante Eladio Vázquez, y una reiteración del procedimiento era francamente peligrosa. También Avalos pidió la remoción del comandante en jefe del Ejército, sin embargo, dadas las circunstancias, fue más un gesto retórico que una solicitud atendible. El mismo ex-secretario se apresuró a desmentir la noticia en dos oportunidades, aunque mientras cenaba con Illia y Suárez en Olivos, se exaltó: "¿Cuándo van a relevarlo a Onganía? ¿Cuándo sea demasiado tarde?" El presidente prefirió cambiar de tema.

El coronel retirado Federico Gentiluomo entregó al teniente coronel Hugo Samo, un trozo de algarrobo junto al cual -según la tradición- acampó Manuel Belgrano en la ciudad de Trancas, al norte de Tucumán. El 1° de octubre, Samo comenzó a cumplir un arresto de diez días; poco después el Comando en Jefe lo relevaba y sustituía por el teniente coronel Horacio Ballesta. "Los jefes de Regimiento tienen prohibido recibir donaciones", se dijo en cercanías de Onganía, pero otro motivo había conspirado contra Samo: Gentiluomo es un peronista declarado.

Según Gentiluomo, no sabía qué hacer con la reliquia que aceptó Samo y que a él le obsequiaron en 1949: "Mi departamento es chico y mis nietos la utilizaban para jugar. Entonces me enteré que en el 3 de Infantería (donde revista uno de sus dos hijos varones, que es teniente) estaban armando un museo belgraniano; le escribí al jefe, haciendo una reseña histórica de la pieza y él me invitó a entregarla allí.

"La ceremonia tuvo carácter privado, ignoro quién la explotó políticamente". La pregunta tenía una segura respuesta: Avalos, sin duda. Sus relaciones con Onganía y con los mandos eran tan frías como vacuas; el secretario de Guerra -igual que sus colegas de Marina y la Aeronáutica- fue designado a espaldas de esos mandos: para ellos sólo podía ser visto y tratado como un extranjero, como el emisario de un gobierno a quien deterioraba el progresivo desvinculamiento de ese gobierno y las Fuerzas Armadas. Retirado en 1952, reincorporado en 1955 y vuelto a retirar en 1956, Avalos se dedicó a prósperas actividades comerciales: al regresar al ámbito castrense, otro era el ejército que le tocaba encabezar.

Ya dispuesto a renunciar, Avalos estimó que su salida arrastraría la del comandante si el gobierno se atrevía a practicar la Ley del Talión.

Onganía, por su parte, se llamó a silencio; las promociones y pases de fin de año ocupaban su atención y un nuevo secretario puede obstaculizar los planes del comandante.

En ellos figuran, entre otros movimientos, el traslado del general Julio Alsogaray al frente de la guarnición de Campo de Mayo; la designación del coronel Alcides López Aufranc como jefe del Regimiento Blindado C 10, y la remoción del general Guillermo Salas Martínez, de su cargo de comandante del III Cuerpo (Córdoba) para diluirlo en el Estado Mayor.

El Poder Ejecutivo se vio obligado a tomar medidas contra los sindicatos. El enfrentamiento gobierno-sindicatos seguía vigente, un decreto dispuso la cancelación de la personería a aquellos que actuaran en política: la Unión Obrera Gastronómica fue sancionada. Los diputados justicialistas ensayaron una interpelación al ministro Palmero acerca de los motivos de la suspensión del acto del 17; preguntaron también por la cancelación de personerías gremiales.

El debate se agotó en sucesivos altercados, pero Ricardo Barben consiguió dar una explicación más coherente: "No sé si cometo una indiscreción al decir que tengo por qué saber que tanto el ministro del Interior como el presidente de la Nación eran partidarios decididos de la realización de los actos". Por supuesto, en su peculiar estilo, Ricardo Balbín no aclaró por qué se prohibieron. Desde el peronismo no se aceptó el criterio de Balbín. Los sindicatos abandonaban la mesa de negociaciones: las 62 Organizaciones reunidas en el Sindicato de Molineros indicó a la CGT paros sorpresivos, manifestaciones y huelgas. Pan reforzar la acción psicológica contra el gobierno, los diputados justicia listas abandonaron el recinto de la Cámara: "Los muertos no esperan", fue el homenaje estremecido de Paulino Niembro a Gabriel Musy.

Era visible observar que la lucha estaba rejuveneciendo al peronismo a través de una constante incorporación de jóvenes. Íntimamente, sin embargo, llegaban a confesar que toda la labor por inscribir al peronismo en la legalidad estaba fracasando. El gobierno lo seguía empujando hacia la marginalidad.

## EL GOBIERNO SE ENDURECE

Para los dirigentes de UDELPA, por ejemplo, había llegado a hacerse carne la idea de que el gobierno buscaba estabilidad al ubicarse en el rincón contrario al de Perón. "Contra los que sostienen que la estabilidad debe lograrse con el concurso peronista, el gobierno ha adoptado la posición de lograrla, combatiéndolo".

Pero ¿qué si no es así? Un conservador, Emilio Hardoy, lo analiza: "El gobierno está negociando todavía con el peronismo, pero las FF.AA. no tolerarán ningún entendimiento". El péndulo vuelve a oscilar cuando se consulta a los democristianos; Salvador Busacca considera que "el proceso político iniciado con la llegada de Isabel Perón fue conducido inicialmente por el gobierno" y que "ahora el juguete se le ha escapado de las manos, con todos los gremios en la calle desatando el caos social".

Tal vez esa explicación sea más sencilla y se origine en la división interna del oficialismo ante el problema peronista, un grupo quiere llevar adelante la batalla contra los gremios peronistas convencido de que "con el desmantelamiento de la estructura gremial, la UCRP puede ganar en 1967 la elección de la provincia de Buenos Aires", los otros temen el enfrentamiento y sus consecuencias, y señalan al peronismo como "la masa latinoamericana que actúa como barrera del comunismo". En los hechos era evidente que prevalecían en el gobierno los grupos que reclamaban mano dura con el peronismo.

Desde el local de la Unión de Obreros Barraqueros de Avellaneda, 220 delegados gremiales dispararon sus cargas.

La declaración repudió los pactos "entre quienes invoquen una inexistente representación y los personeros del oficialismo".

La Asamblea de las "62" registró algunas sutilezas: inmediatamente después de expresar

**"Contra los que sostienen que la estabilidad debe lograrse con el concurso peronista, el gobierno ha adoptado la posición de lograrla, combatiéndolo".**